

Bordado en el pecho

Periódico Humanidades (UNAM) No. 99. México, D.F. 29 de marzo de 1995.

Por Lucía Aranda Kilian
Facultad de Filosofía y Letras
luciaranda@hotmail.com
A la pasión

Me encontraba muy nostálgica, llena de recuerdos: diversas imágenes venían a mi mente; en ese momento sentí que el viento me envolvía; un aire frío recorrió mi espalda; al rozar el viento mis senos, los pezones se erectaron como un volcán. El viento jugaba con el sonido, su voz emergía del fondo de la barranca y llegaba a la cima de la montaña; yo me sentía abrazada por el viento, fue entonces cuando tuve un deseo muy grande de meterme en él para ir a buscar las palabras que en él volaron: aproveché un momento en que se divertía formando grandes torbellinos para penetrar en él.

Juntos entonamos un himno a los cuatro vientos; fue algo maravilloso. Con él me sentí libre, en pleno vuelo: ya nadie podría cortarme las alas. Nos transportamos a un lugar cautivador: un bosque inmenso donde se encontraban reunidas todas las palabras.

Las que fueron pronunciadas en medio del llanto se hallaban en el sauce llorón a la orilla del arroyo; por allí corrían las palabras todavía húmedas de las lágrimas. Empecé a sentir mis pies ligeros, como si caminara sobre las nubes, miré a mí alrededor; los colores amarillo, azul, púrpura y violeta brillaban de una manera intensa y se entrelazaban para formar los pensamientos. Las palabras dolorosas que algún día fueron pronunciadas yacían protegidas por un árbol de grandes espinas. Una vez que llegaron las estrellas me encontré con el huelle-de-noche y allí estaban las palabras dichas al oído con amor y pasión.

Las palabras tejidas con los cantos guturales de unas bellas indígenas me hicieron recordar aquellos sueños de la otra realidad, sueños al ras del suelo en pequeñas y casi imperceptibles agrupaciones.

Seguí caminando y pude escuchar el ruido del agua al caer: allí estaban las palabras pronunciadas en medio de una tupida lluvia que ahora formaban una cascada, de la cual emanaba un dulce olor a gardenias.

Por fin encontré las palabras que buscaba, de aquella Pascua Florida en un frío invierno: allí estaban, brillantes, rotundas; más me di cuenta con gran tristeza que esas palabras, fuera de contexto, ya no me decían ni me comunicaban nada.

En el camino de regreso a la tierra empecé a sentir en mi pecho una plenitud muy grande que iba en aumento; al observarme, vi que esas palabras, que yo buscaba ansiosamente en el bosque, estaban bordadas en mi pecho y ya formaban parte de mí. Sentí que no sólo mi pecho sino todo mi cuerpo estaban formados por las palabras que de alguna manera dejaron una profunda huella en mí ser.